

partes. Para poner mas coto á este mando del jóven archiduque, pues no pasaba entonces de veinte años, le nombraron por teniente ó vicario al príncipe de Orange, que era en realidad el que mandaba.

### CAPITULO XLVI.

Continuacion del anterior.--Preparativos de una guerra.--Vuelta á Flandes de las tropas españolas é italianas, mandadas por Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.--Batalla de Gemblours ganada por don Juan.--Toma de algunas plazas por los estados.--De otras por las tropas españolas.--Se apodera Alejandro de las de Diest y Sichen.--Sujeta la provincia de Limburgo.--Toma de Amsterdam por el príncipe de Orange.--Se refuerzan ambos campos.--Va don Juan en busca de los enemigos.--No aceptan la batalla.--Crecen los apuros de los españoles.--Enfermedad y muerte de don Juan de Austria.--Su carácter (1).

1577—1578.

¿QUÉ relaciones existían á la sazón entre los estados del país y el rey católico? Hallándose en pugna abierta con el gobernador designado como tal por el monarca, se los pudiera considerar separados para siempre de la España. Por otra parte manifestaban reconocer la autoridad del rey, y protestaban que no habían llamado un nuevo gobernante sino como interino y hasta que se dignase nombrar otro; exigiendo siempre por condicion de su obediencia, que saliese de su territorio don Juan de Austria. ¿Qué significaba, pues, una declaracion tan desmentida por los hechos? A ser sincera, ¿qué necesitaban los estados llamar á un archiduque y traerlo clandestinamente sin conocimiento de su hermano? El problema solo ofrecía ya una solucion, y esta era muy clara. Para Felipe II no había mas medio, si quería volver á ser soberano del país, que la fuerza de las armas. Asi se comprendía de una y otra parte, allegando cada una las

(1) Las mismas autoridades.

fuerzas de que podía disponer para la próxima campaña. Acudieron los estados á sus alistamientos en Inglaterra y Alemania. Pedía tropas con toda prisa á su hermano don Juan de Austria.

Mientras pasamos á referir de un modo sucinto las operaciones de esta nueva guerra, diremos, para dar una idea mas exacta del estado del país, que el nombramiento del archiduque no fué tan popular como sus autores esperaban. Para los adictos á la nueva secta religiosa ó encarnizados enemigos de toda dominacion extranjera, fué un pobre expediente recurrir á un príncipe católico tan estrechamente unido por vínculos de sangre y de familia con el rey de España. Por otra parte, para los que se mantenían fieles á la fé católica y sabían que el príncipe de Orange era el alma, ó por lo menos el principal agente en la direccion de los negocios, era repugnante la obediencia que se les hacia prestar á un jefe protestante. Causó muchos disturbios y encontró muchas resistencias la aceptacion de la nueva ley política, pues tal nombre podía darse al tratado que acababa de ser firmado por el archiduque. Sobre todo los jesuitas se negaron absolutamente á adherirse al nuevo orden de cosas, y este ejemplo fué imitado por algunas otras corporaciones regulares. Pero el poder de los gobernantes se mostró mas fuerte que la resistencia, y por medio de castigos, destierros ú otras penalidades, se restableció la tranquilidad en estas provincias disidentes.

Eran entonces muy pocas las fuerzas con que contaba don Juan de Austria, cuya autoridad se extendía á solo dos provincias. Mas no se descuidó el rey en aumentárselas. Recibieron todas las tropas españolas que se hallaban en Italia, órdenes de ponerse en marcha para los Países-Bajos; disposicion que fué recibida por ellas con grandísimo entusiasmo, creyéndose ya vueltas á la gracia del rey, y deseosas de vengarse de las injusticias y hasta las afrentas que suponían haber recibido de aquellos habitantes. Se movieron estas tropas prontamente con di-



reccion á su destino; y lo que hacia el refuerzo de un valor inestimable, era que se hallaba á su cabeza el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, ya conocido por sus proezas militares, compañero de don Juan de Austria en la famosa batalla de Lepanto.

La presentacion de este nuevo personaje en una escena donde iba á adquirir una fama tan esclarecida como gobernante, y sobre todo como capitán, merece que consagremos algunas líneas á sus antecedentes y principios, aunque no sea la primera vez que escribimos su nombre en esta historia. Era Alejandro Farnesio hijo de Octavio Farnesio, duque de Parma, nieto del Papa Paulo III (Alejandro Farnesio), quien con el auxilio y favor de Carlos V, habia erigido aquel país en un estado independiente y soberano. Se casó Octavio Farnesio con Margarita de Austria, hija natural de Carlos V, viuda entonces de Alejandro de Médicis, duque de Florencia, y de este matrimonio fué fruto, en 1546, el príncipe de quien nos ocupamos. Pasó en Italia los años de su infancia, y siendo todavía niño acompañó á su madre á los Países-Bajos. Se dice que no tenia mas que once cuando se halló en la famosa accion de San Quintín; mas no es probable que el rey de España permitiera que expusiese su persona en tan corta edad á los peligros de aquella lucha memorable, y es mas natural que le tuviese cerca de su persona, que no asistió, como se sabe, á la batalla. Al regreso de Felipe II á España, se lo trajo consigo para cuidar de su educacion, y segun sienten algunos y es probable, para que le sirviese de rehenes de la fidelidad y buen comportamiento de su madre Margarita, nombrada gobernadora de los Países-Bajos. Se educó, pues, Alejandro Farnesio en la corte de España, saliendo muy diestro en todos los ejercicios que constituian la mayor parte de la enseñanza de los altos caballeros de su clase. En otra parte hicimos ver que tuvo por compañeros en este aprendizaje á don Juan de Austria y al desgraciado príncipe don Carlos, y que cursaron

juntos en la universidad de Alcalá, donde no es probable que hiciesen grandes progresos en clase de estudiantes. Asi se mantuvo en España el príncipe Alejandro, hasta la edad de diez y nueve años, que se le ajustó su matrimonio con María de Portugal, hija primogénita del infante don Duarte ó don Eduardo, hermano de don Juan III. Partió la princesa por mar á los Países-Bajos, donde se celebraron los desposorios con toda solemnidad, á presencia de la princesa Margarita, muy satisfecha de este enlace, sobre todo porque le creia un rasgo de favor del rey de España.

Enviudó pronto el príncipe Alejandro, aunque tuvo hijos de su matrimonio, como haremos ver mas adelante. Pasó despues á Italia, donde se mantuvo en compañía de su padre Octavio, hasta que habiendo sabido la famosa liga que se ajustaba contra el turco, quiso tomar parte en el armamento marítimo que contra aquella potencia se aprestaba. Entró, pues, de voluntario en la escuadra española, y se halló en la batalla de Lepanto, donde se distinguió su grande bizarría, tomando el navío donde iba Mustafá-Bajá, teniente de la escuadra enemiga, y haciendo otras proezas que le valieron la estimacion general, y los elogios que en público y en sus cartas al rey hizo de su persona don Juan de Austria. Siguió dando muestras de su valor é inteligencia en el resto de aquella campaña memorable, y desde entonces adquirió fama de valiente soldado y de jefe distinguido. Restituido á Italia, recibió la orden del rey para ponerse al frente de las tropas que mandaba á don Juan de Austria de refuerzo. No podia hacer Felipe II una eleccion mas acertada, y esto prueba que aunque este monarca miraba con grandes celos y suma desconfianza el poder y autoridad con que á sus delegados revestia, conocia los hombres y hacia justicia al mérito. Se habló entonces, y parece que fué la primera intencion del rey, enviar al hijo juntamente con la madre, encargando á ésta por segunda vez el mando de los Países-Bajos. Mas no tuvo por entonces efecto la dis-



posicion, y el príncipe partió solo, tomando el camino por la Saboya, la Borgoña y la Lorena, precediéndole las tropas, que marchaban á jornadas regulares.

Fué recibido Alejandro Farnesio por don Juan con todas las demostraciones de alegría, como hombre que conocia su mérito y la grande utilidad que iba á sacar de sus servicios. No podia llegar un refuerzo mas á tiempo en la grave situacion en que se hallaba don Juan de Austria. Los confederados, es decir, las provincias disidentes, hacian sus preparativos para tomar cuanto antes la ofensiva. Verdad es que habian ya cometido la imprudencia que se puede achacar á timidez, no cayendo sobre don Juan cuando éste se hallaba con tan pocas fuerzas. Mas tal vez creyeron que intimidado el austriaco con el decreto que le lanzaba del pais, y viéndose tan desamparado, abandonaria el territorio de Flandes, evitando asi nuevos conflictos. Mas cuando le vieron reforzado y con firme resolucion de hacer la guerra, debieron de pensar muy sériamente en que á la guerra solo se iba á encomendar la decision de su contienda.

Se mostró la fortuna en un principio mas favorable á los estados que á los españoles. Fluctuaban varias plazas que estaban á la devocion de estos últimos: se entregaban otras de grado ó con muy poca resistencia á los primeros. Lo fué el coronel Fugier, gobernador de Berg-hen, por sus mismos soldados á los enemigos, quienes se hicieron de este modo dueños de la plaza. Se presentó delante de la de Breda el conde de Holack, y del mismo modo cayó en manos de los enemigos. Se defendió esta plaza con valor, mandándola el coronel Fronsberg, jefe del tercio de los alemanes. Mas hallándose en grande apuro de dinero por sediciones de la tropa, envió secretamente á don Juan de Austria un mensajero pidiéndole socorro. Habiendo caido éste en manos de los enemigos, lo detuvieron algunos dias que podria tardar de ida y vuelta, y entonces fingiendo la letra, enviaron otro á la plaza con una carta fingida, mandando á Fronsberg que se

entregase. Mientras tanto se apoderaron los sediciosos del gobernador, y habiendo entregado la plaza al enemigo, salió la guarnicion precisamente cuando ya se avistaba desde lejos un socorro que le enviaba don Juan de Austria. No fué igualmente dichoso el conde de Holack delante de los muros de Ruremunda, de donde fué repelido por Egidio de Barlamont, á la cabeza de sus tropas, que se mostraron fieles á la causa de los españoles. Don Juan de Austria no hacia por su parte presa alguna importante sobre el enemigo; mas no era menor la actividad con que organizaba sus tropas, ayudándole mucho en esto el príncipe de Parma, que ya se preparaba á coger los laureles que alcanzó con tanta abundancia en los Países-Bajos.

Mientras se hacian estos preparativos de guerra, y habian comenzado de una y otra parte las hostilidades, se hablaba de arreglos amistosos y de paces. Ofreció la reina de Inglaterra su mediacion; mas es probable que no hubiese buena fé en todas estas proposiciones que parecian tan benévolas. No querian los estados darse el aire de agresores, y buscaban aparentemente negativas para hacer ver que se los obligaba á defenderse. Es probable que don Juan de Austria queria la guerra como el único medio de sujetar y tener á raya un pais del modo que lo entendia su hermano. En cuanto á la reina de Inglaterra, es claro que propendia á fomentar la insurreccion de los estados por la enemistad que casi abiertamente profesaba al rey de España. Asi, despues de la ruptura de las negociaciones, envió algunas tropas y dinero á los insurgentes, aunque no de un modo oficial, para no romper con Felipe II abiertamente. Y si bien no se puede llamar esta guerra religiosa, pues en las provincias disidentes se profesaba generalmente la fé católica, obraban por la mayor parte bajo la influencia de los protestantes, entre los que estaba alistado abiertamente el príncipe de Orange.

Se acercaba el momento de una gran batalla: hicieron los disidentes muestra general de sus tropas; y la misma



operacion practicó don Juan de Austria. Era éste inferior en número, pero contaba con tropas mas aguerridas y experimentadas. A diez y ocho mil ascendian la fuerza de su ejército; á veinte y siete mil el de los contrarios. Se dice que el papa Gregorio XIII expidió una bula muy solemne á favor de los españoles, en que les daba una plena absolucion de todos sus pecados, con tal que se mostrasen fieles á sus obligaciones, y que leído este documento al frente de banderas, causó en las tropas un grandísimo entusiasmo. Experimentaba, sin embargo, algunas deserciones el campo de don Juan, y esto le dió mas prisa para salir en busca de los enemigos. Se movieron estos al mismo tiempo al encuentro de los españoles. Llevaba la vanguardia Manuel Montigny y Guillermo de Hez con sus tercios, precedidos de caballería y arcabuceros, flanqueados por ambas partes por dragones. Mandaban el cuerpo del ejército el conde de Bossut, el señor de Campigny, con dos tercios alemanes y valones, tres regimientos de franceses, y trece de escoceses é ingleses. La retaguardia, compuesta en gran parte de caballería, estaba á cargo del conde de Egmont con sus flamencos. Al frente del ejército marchaban gastadores, y en el centro iban colocados los equipajes y la artillería. Era general de este ejército el conde de Coigny, capitán antiguo, que habia servido á Carlos V, distinguiéndose mucho en la batalla de San Quintin; mandando en segundo los auxiliares que se habian enviado á Francia. No se hallaba en el ejército el archiduque, y lo que es mas extraño, ni el príncipe de Orange, que tan vivo interés debia tener en el buen éxito de la batalla.

Mandaba en persona el español don Juan de Austria, que habia salido de Namur al mismo tiempo que sus enemigos. Envió delante á Antonio Olivera y Fernando Acosta con infantería y caballería, para descubrir el país y despejarlo de enemigos: dejó en las márgenes del Mosa un cuerpo considerable á las órdenes de Carlos Mansfeld para que sirviese de reserva. Al frente del cuerpo prin-

cipal se colocó él mismo, teniendo á su lado al príncipe Alejandro. Iban en la vanguardia los arcabuceros, bien flanqueados por la caballería, y á cierta distancia cuerpos de infantería con lanzas, seguidos de algunos caballos ligeros. Se componia el centro de dos escuadrones de arcabuceros y piqueros españoles y alemanes, y la retaguardia de otro tercio de valones. Mandaba la vanguardia Octavio Gonzaga, y la retaguardia el conde Mansfeld, maestre de campo general. En el estandarte de don Juan se veia una cruz con la inscripcion siguiente: « Con esta señal vencí á los turcos: con esta venceré á los hereges. »

A la vista ya del enemigo, y enterado don Juan de Austria por Oliveira de sus designios y del orden con que caminaban, destacó á Gonzaga y Mondragon con seiscientos caballos y mil infantes, para que con toda precaucion los atacasen por la retaguardia. Mientras tanto marchaba el enemigo por un camino hondo y fangoso, que le obligaba á dar algun rodeo para pisar un terreno mas cómodo y mas seco. Con esto se desordenó algun tanto, lo que percibido por Alejandro Farnesio, trató de aprovechar la ocasion atacándolos de repente, antes que saliesen de aquella especie de embarazo. Acometió, pues, con un trozo escogido de caballería, seguido de algunos capitanes españoles, entre ellos Bernardino de Mendoza, Fernando de Toledo, Martin Mondragon, que quisieron tener parte en aquel lance. Tuvo la embestida el mejor éxito. Se desordenó la columna enemiga, y murieron muchos sin poder siquiera defenderse, embarazados con el mal terreno. Otros, que huyeron precipitadamente, arrollaron en su fuga á su propia infantería que iba á retaguardia, dejándola á merced de nuestra caballería, que las atacó en seguida. Introducido asi el desorden en el ejército de los estados, se siguió una derrota general, siendo completa la victoria de los españoles. Fué muy poca la pérdida de éstos: á diez mil ascendió entre muertos, heridos y prisioneros la de los contrarios. Perdieron treinta y cuatro banderas, toda su artillería y equipaje, y entre



los prisioneros hubo muchas personas de distincion, siendo una de ellas la del mismo general en jefe.

Pasó el ejército roto y dispersado á la plaza de Gemblours, que se hallaba á las inmediaciones y que dió su nombre á la batalla. Mas la evacuaron por la mayor parte, no atreviéndose á esperar á nuestras tropas. Trataron de capitular con don Juan los que quedaron, y al fin tuvieron que rendirse á discrecion; ¡tan pocos eran, y sin ningun medio de hacer resistencia, aquellos restos del ejército enemigo! Fué de mucha importancia para don Juan la toma de una plaza en que los estados habian hecho grandes acopios de víveres, municiones, y todo género de pertrechos militares.

Celebró solemnemente don Juan de Austria la victoria de Gemblours, que tantos triunfos ulteriores prometia. Formado su ejército fuera de las puertas de la plaza, á todos dió las gracias en nombre del rey, nombrando en alta voz los que mas se habian distinguido. En cuanto al príncipe Alejandro, afectó el de Austria reprenderle por su temeridad, dándole á entender que el valor era mas propio del soldado que del general; y como el de Parma le respondiese que no se podia ser general sin el valor que caracteriza al buen soldado, le abrazó don Juan de Austria y le aclamó á la vista de todo el ejército como un valiente y esforzado capitán, á cuyo arrojo se habia debido principalmente la victoria. Así comenzó la gran reputacion que en las guerras de Flandes alcanzó el príncipe de Parma.

Causó la derrota de Gemblours la mayor consternacion y espanto en los estados. Antes de saberse la noticia, trataba el príncipe de Orange de acudir en persona con el archiduque al refuerzo de su ejército; mas cerciorado de la ocurrencia, salió de Bruselas con el mismo Matias, con el Senado y los principales de la corte, y tomó la direccion de Amberes, no creyéndose seguros en Bruselas, donde quedó una guarnicion por si se acercaba el de Austria.

¿Cómo no lo hizo el general español en alas de una

victoria tan brillante? ¿No debio de esperar que cayese en sus manos una ciudad sobrecogida del miedo, y abandonada de los jefes principales? Si en su campo empezaron á notarse sintomas de sedicion tan frecuente por la falta de pagas, ¿no era este un motivo mas para excitar su ardor con el aliciente del saco de la plaza? Parecia, pues, muy natural esta conducta; mas cualquiera que hubiese sido el real motivo, es un hecho que don Juan se quedó en inaccion con el cuerpo del ejército, y destacó varios trozos mandados por jefes escogidos, para que se apoderasen de ciertas plazas menos importantes. Se entregó Lobayna sin ninguna resistencia. Lo mismo hicieron Judoyne y Tirlemont, siguiéndolas Arescot, aunque esta última no tan fácilmente. Tambien se rindió la plaza de Bovines; mas no abrió sus puertas sin haber hecho una fuerte resistencia. Era el plan tomar igualmente á Vilvorde y á Malinas, mas se desistió de esta empresa por entonces.

Encargó don Juan de Austria al príncipe Farnesio el sitio de la plaza de Diest, de la propiedad del príncipe de Orange. Mas Alejandro, por no dejarse á las espaldas la de Sichen, comenzó por ésta sus operaciones. Envio con este objeto á Lanzaloto Barlamont con el tercio de alemanes; pero como hizo la plaza mas resistencia de la que se creia, tuvo el príncipe que ir en persona á dirigir el sitio. Despues de haberla batido en brecha ordenó el asalto, que fué emprendido por tropas alemanas, lorenas y españolas, asignando á cada nacion un puesto, á fin de que los animase mas el espíritu de emulacion, combatiendo unos á presencia de otros. Ordenó al mismo tiempo, que algunas compañías se corriesen á la parte opuesta, á fin de que simulasen por allí un ataque, despues de empeñado ya el asalto. Acometieron con intrepidez las tropas de España, y no fueron repelidas con menor ardimiento y coraje por los defensores; mas habiendo oido que se atacaba la plaza por el otro lado, comenzaron á ceder el terreno y á desordenarse. Unos



se rindieron, se retiraron otros al castillo; otros que se escaparon de la plaza, cayeron en manos de la caballería, que con este objeto había colocado en las orillas del río el príncipe de Parma. Fué entregada la ciudad á saco; pasados á cuchillo los habitantes que se resistieron; perdonados los que se entregaron.

En seguida se trató de la expugnación del castillo, bien fortificado y separado de la plaza por medio de un trincherón ó foso que era preciso cegar para llegar á sus murallas. Consiguió lo primero prontamente el príncipe, habiendo hecho reunir cuantas palas, azadones y picos fueron necesarios para abrir un camino de zapa y cegar la trinchera, dando él mismo ejemplo, y trabajando con un azadón al frente de las tropas. Hicieron los del castillo poca resistencia. Pidieron á Farnesio les perdonase las vidas; mas les fué negado, pues pertenecían á los prisioneros cogidos en Gemblours, á quienes se les dió libertad con la condición de que no volverían á tomar las armas contra el rey de España. Fueron colgados los principales jefes y oficiales, y los demás, en número de ciento sesenta, pasados á cuchillo.

Tomada la plaza de Sichen, pasó el príncipe Alejandro á la de Diest, principal objeto de la empresa. Se la intimó la rendición, y los de adentro vacilaron algo, esperando refuerzos del príncipe de Orange: mas viendo que éstos no venían, y aterrados con el ejemplar de los de Sichen, abrieron sus puertas sin hacer ninguna resistencia. Los trató el príncipe de Parma con benignidad, no tocando á sus haciendas, dando libertad á la guarnición, sin dejarles mas armas que la espada. Pero al desfilar delante de Alejandro, reparando éste en su buena presencia y disposición, les ofreció servicio con el rey, lo que aceptaron al momento. Nada había mas común entonces que este paso de tropas, del servicio de un príncipe al de su enemigo. De igual grado y con iguales condiciones abrió la plaza de Leyva sus puertas al príncipe de Parma.

En seguida envió el don Juan de Austria á Carlos Mansfeld á poner sitio á la plaza de Nivelles. Mas habiendo ésta hecho grande resistencia, se trasladó al sitio el general español con Alejandro. Se convinieron por fin los habitantes en rendirse, mas querían por condición el que no entrasen en ella los franceses, nación con quien habían estado en guerra muchas veces. Antes de la entrega de la plaza estalló otra sedición en el campo de don Juan por los alemanes, que pedían algunos meses de pagas atrasadas. Escribieron los amotinados al general, pidiendo que se les satisficiesen, ó que de lo contrario que les diesen el saco de la plaza. Sin dar ninguna respuesta don Juan, mandó separar las compañías mas alborotadas con pretexto de una expedición que les ofrecía gran despojo. Cuando estuvieron ya algo lejos del campo, las hizo rodear por las otras tropas, que las despojaron de sus armas. Se procedió despues al castigo de los delinquentes. Fueron ocho los sorteados para morir en el suplicio. Se redujo este número á cuatro, despues á dos, y al fin fué uno solo quien espió con su sangre el crimen de los otros.

Sosegada la sedición se entregó Nivelles á las tropas españolas, sin sufrir saqueo ni las demás calamidades de esta clase. Salió la guarnición sin armas, y se mandó que se depositasen estas en la plaza de la municipalidad, á fin de repartirlas á los franceses por vía de despojo. Al apoderarse de ellas, se siguió una especie de tumulto, queriendo arrancárselas mutuamente unos á otros, lo que ocasionó muchas heridas con algunas muertes.

Poco despues pidieron los franceses licencia á don Juan para salir de su servicio. Se atribuyó esta determinación á varias causas, siendo la mas probable, que deseaban reunirse con el duque de Anjou, teniendo noticia de la próxima expedición á los Países-Bajos. Así tuvo don Juan que combatir poco despues con los mismos que acababan de militar en sus banderas; mas por el pronto no sintió su despedida, y antes les dió gustoso su licen-